

LA FE DEBE VIVIRSE, A PESAR DEL RECHAZO Y LA INDIFERENCIA

***Homilía de monseñor Marcelo Raúl Martorell, obispo de Puerto Iguazú para
el 28º domingo durante el año
(14 de octubre de 2007)***

**“Tu amor, oh Cristo nos apremia,
Pensando que moriste por todos” (2 Cr. 5, 14)**

En este domingo nos encierran el tema de la fe, como don de Dios y el reconocimiento a Dios por las obras de la fe. La vida de fe y su compromiso son los argumentos que se entrelazan en la liturgia de hoy.

La primera lectura (2 Re.5, 14-17) nos narra el suceso de Naamán el Sirio curado de la lepra por el Profeta Eliseo; Dios a través de este milagro llama al pagano Naamán a la vida de fe en El y el Sirio dócil a la gracia responde convirtiéndose interiormente y proclamando que el Dios de Israel es el único Dios. “Ahora reconozco que no hay Dios en toda la tierra más que el de Israel” (Ib 15), en reconocimiento quiere ofrecer un regalo al Profeta que ha sido instrumento de su curación, el Sirio quiere ofrecerle algo; pero el Profeta lo rehusa. Eliseo es un hombre de Dios, tiene la misión de predicar y de llevar a los hombres a Dios, y los signos milagrosos, son una presencia muy particular de Dios en quien tiene la misión de predicar. Por eso Eliseo no quiere aprovecharse del reconocimiento de Naamán, para enriquecerse o hacerse de un nombre; será para el Profeta una obra más de Dios que interviene en la historia de los hombres.

Todos los hombres están llamados a la salvación y esto es lo que Jesús en la Sinagoga quiere enseñarnos, la curación del Sirio antes que los leprosos de Israel. La salvación no está reservada solamente a los hijos de Israel, sino que es un don ofrecido a todos los hombres.

Durante su último viaje a Jerusalén, un suceso semejante tendrá lugar cuando Jesús cura a los 10 leprosos, pero sólo uno, un extrajero viene a dar las gracias, estos como el Sirio recibirán, el don de la salud física pero también el don de la salvación. (Lc. 17, 11-19) Jesús los envía a presentarse a los sacerdotes, como lo mandaba la ley mosaica, para que los mismos examinen y comprueben su curación, y en el camino quedaron curados. La curación es la misma en todos, pero no es en todos idéntica la reacción, “uno de ellos volvió alabando a Dios a grandes gritos, y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias, este era un samaritano” (ib 15-16), este no era miembro del Pueblo de Dios, sino un extranjero. Los otros 9 no vuelven a agradecer a Dios, quizá porque como miembros del Pueblo de Dios, se sentían casi con el derecho de ser curados por Jesús.

El extranjero, que considera que no tienen ningún derecho, se considera indigno del favor del Dios de Israel, en nombre de quien Jesús hizo el milagro, esta actitud de agradecimiento lo dispone a recibir un don aún mayor “la fe y la salvación” “levántate y vete en paz, tu fe te ha salvado”(ib 19)

San pablo nos dice que la palabra de Dios no está encadenada a nada ni a nadie en particular puede impedir que la palabra arraigue en cualquier corazón y

suscite la fe en Dios. La vida de fe debe ser vivida por aquellos que han recibido la palabra, e imitar a Cristo, en una vida de sufrimiento si fuera necesario, imitando la cruz y los sufrimientos humanos que de ella, la fe vivida, se derivan, el rechazo y la indiferencia, las burlas y la soledad. La fe vivida será para San Pablo, no algo hostil, sino anticipo de la gloria a la que estamos llamados y un medio seguro para la salvación, "si morimos con él, viviremos con él; si perseveramos reinaremos con él" (2 Tim. 11-12).

Durante toda nuestra vida recibimos dones y regalos de Dios, el agradecimiento y la fidelidad, son una respuesta de fe valiente y fiel, aunque el mundo de hoy, a pesar de su indiferencia, no reconozca ni agradezca a Dios por tantos bienes que sin merecerlo también recibe. El testimonio de tantos hombres y mujeres abnegados, el testimonio de un Juan Pablo II o de la Madre Teresa de Calcuta, que han sido en estos tiempos de violencia e injusticia, testimonios del amor de Dios que se esparce entre todos los hombres.

Que María de Iguazú nos haga reconocer en Dios la gracia de su amor por el mundo.

Mons. Marcelo Raúl Martorell, obispo Puerto Iguazú